



Augusto Pinochet, Presidente de Chile [1984. Foto: AP]

EL FUTURO PROXIMO DEL PUEBLO CHILENO*

Pedro Vuskovic

* Contenido esencial de la intervención en el ciclo de mesas redondas sobre el cono sur organizado por el Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Los hechos elementales

La situación actual de Chile y la lucha del pueblo chileno sugiere apreciaciones de signo contradictorio, cuyo significado no podría entenderse cabalmente sino a partir del reconocimiento de unos cuantos hechos básicos.

El primero es que esa lucha está enfrentando a una dictadura repudiada pero sólida; que no se cae: hay que botarla. Y por tanto, es indispensable acabar con el vicio de los vaticinios: "cuando cae Pinochet" como si su caída fuera independiente de la acción opositora. A lo que hay que agregar un reconocimiento definitivo sobre la dificultad -y tal vez la imposibilidad- de botarla desde la "legalidad" que la propia dictadura ha instaurado.

Un segundo hecho, tan elemental como decisivo, es que hoy día la oposición es abrumadoramente mayoritaria, pero no es homogénea. La Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular, más allá de sus definiciones formales e incluso más allá de la voluntad de sus dirigentes, son símbolos de procesos muy profundos, en los que la oposición, tanto como la represión, asumen en su interior la diferenciación de sus contenidos "de clase".

El tercer hecho es que esa posición, por su misma heterogeneidad y el carácter de su liderazgo actual, se sitúa en un horizonte de lucha relativamente estrecho; y que sólo una gran fuerza popular unificada, con capacidad para asumir hegemonía, podría superar esos límites actuales. Lo cual quiere decir que, hoy día, la fuerza principal de Pinochet descansa en la debilidad de la izquierda; y que la incapacidad para articular esta fuerza está inscribiendo para esta izquierda su segunda derrota, después de la derrota de 1973.

Y un cuarto hecho es que, cada día con mayor claridad, la lucha está mostrando ser inseparable de las propuestas de futuro. Lo cual requiere acabar con otro vicio que perdura: suponer que cualquier fórmula política sustitutiva de Pinochet es viable, postergando para después de la caída de la dictadura, la discusión sobre lo que habrá de hacerse a partir de ella.

Los límites de una forma de lucha

El cambio de signo que registró la lucha del pueblo chileno desde los primeros meses de 1983 abrió una fase nueva, que en corto tiempo ha cumplido una trayectoria rica en acontecimientos.

Desde las primeras "jornadas de protesta nacional" fue evidente que la lucha chilena cambiaba radicalmente de carácter, al pasar de una resistencia y oposición más bien defensiva y silenciosa a una ofensiva abierta contra la dictadura. No necesariamente como resultado de una convocatoria súbita de determinadas direcciones políticas, ni como expresión de un despertar sorpresivo del pueblo chileno de un prolongado letargo determinado por el aplastamiento, la resignación y la sumisión, sino como fruto de un largo proceso de gestación (en verdad, desde la fecha misma en que se entronizó la dictadura) que costó enormes esfuerzos, vidas y sufrimientos. Lo verdaderamente nuevo fue que lo que hasta entonces estaba oculto y silencioso no pudo contenerse más en los marcos del ocultamiento y el silencio, y estalló con toda su voluntad desafiante.

Las capas medias levantaron abiertamente entonces las banderas de reclamación por la libertad y la democracia. El nombre de Allende vuelve a ser coreado en las calles como símbolo. Y los "pobladores", expresión ahora, como resultado de las políticas impuestas y los desastres económicos ocasionados por la dictadura, de la conjunción de los antiguos marginados por el sistema con los grandes contingentes de clase obrera expulsados

de fábricas y campos y condenados a la desocupación y el hambre, aparecen como los protagonistas de la protesta más decidida e intransigente.

La nueva etapa que marcaba así la resistencia popular se iniciaba dando pruebas de una fuerza social extraordinaria. Es el hecho decisivo que, de manera explícita o implícita, directa o indirecta, reconocido o no como tal, ha sido factor determinante de la evolución política del último año y medio.

Pero la reiteración de la "protesta pacífica" como la expresión principal de la movilización opositora parece encontrar ya límites insuperables en su eficacia. De hecho, la lucha popular chilena ha desembocado en un punto en que las condiciones objetivas son mucho más propicias que las condiciones subjetivas: las primeras son ampliamente favorables en tanto se enfrenta ahora a una dictadura desprestigiada y desgastada al extremo, con un sistema económico en retroceso y sin capacidad significativa de recuperación, que perjudica a una amplia gama de intereses, y cambios muy importantes en la posición de diversas clases y capas sociales; en cambio, las condiciones subjetivas aparecen adversas por la división del movimiento popular, así como la difusión de formulaciones ideológicas reformistas y "pacíficas" que debilitan la voluntad para encarar la lucha. Condiciones, estas últimas, que facilitan la respuesta de la dictadura, cuyas acciones van desde la promesa de "apertura" y la propuesta del "diálogo" hasta la verdadera "operación de guerra" con que ha respondido a algunas de las jornadas nacionales de protesta; desde una respuesta exclusivamente militar y de fuerza, de represión masiva, a unas opciones "políticas" que buscan impedir la formación de un frente opositor unido, liquidar la oposición popular e institucionalizar "legalmente" a la dictadura mediante una doble táctica política y militar-represiva.

Se configura así, ahora, una situación nueva. Porque en el pasado reciente, en la misma en que ascendían las manifestaciones de la protesta social, particularmente en la segunda mitad del año recién pasado, cundía la ilusión de que todo caminaría linealmente hacia la satisfacción de las demandas de recuperación democrática. El temor, el pesimismo y la desesperanza cedían su paso a la expectativa de grandes avances inminentes; y en función de tales expectativas se acallaban por inoportunas o de inconveniencia táctica, advertencias sobre la fragilidad de lo ganado y demandas de mayor con-

secuencia política respecto de los términos del enfrentamiento y los contenidos de los desenlaces por los que se luchaba. Pero si tal cosa era ya difícilmente aceptable unos meses atrás, menos lo sería hoy día, cuando se han derrumbado las ilusiones que llegaron a abrigarse. Lo que queda es la conclusión de que una forma de movilización social opositora encontró sus límites y que tendrán que abrirse otros caminos de lucha.

La heterogeneidad de la oposición

Los grandes obstáculos para ese nuevo paso trascendente radican, sin embargo, tanto en la insuficiente articulación de las fuerzas populares, como en la heterogeneidad del conjunto de las expresiones opositoras.

La heterogeneidad de la oposición actual es sin duda una referencia básica para analizar las alternativas de la evolución próxima. Porque en esa oposición ha venido a reunirse la representación de variadas capas sociales, que constituyen la gran mayoría de la población chilena. En ello ha radicado la base objetiva de sustentación de las varias formas que ha venido asumiendo una alianza opositora, hasta dar en su momento la impresión de que se constituiría un gran "frente nacional", capaz de hacerse cargo unitariamente de la conducción de un nuevo proyecto de "reconstrucción democrática". La propuesta buscaba comover a casi todos, desde "nacionales" -con más de un fascista de tomo y lomo incluido- a socialistas, con la sola exclusión de los comunistas.

Es preciso reconocer entretanto que algunos sectores que se incluyeron en las filas opositoras no eran en su esencia antagónicos con la dictadura; se limitaron a buscar cambios de alcance limitado en la conducción política y económica, así como una protección más eficaz de sus intereses. Algunos de ellos creen encontrarla hoy día en las reorientaciones impuestas a la política económica, a partir del despido de los *Chicago-boys*, vuelven al redil de la dictadura y sus conductas próximas dependerán más que nada del grado de cumplimiento de las promesas hechas por el ministro Escobar Cerda.

Otros sectores, de los que la Democracia Cristiana es tal vez su mejor representación, han identificado su propuesta central con un proceso gradual de "reconstrucción democrática", en los límites de la tradicional "democracia liberal"; y de recuperación económica y recomposición del aparato estatal en los marcos de una imagen que

podría asociarse, a lo más, al cuadro chileno de los años sesenta. Preferirían la exclusión de Pinochet; pero no excluyen sino que más bien proponen la participación institucional de las Fuerzas Armadas en toda una fase de "tránsito". En esa perspectiva, fueron participantes activos en la negociación y el diálogo con la dictadura; y sólo el recrudecimiento represivo en los últimos tiempos los ha llevado a distanciarse formalmente de esa negociación.

No obstante la evolución reciente, no queda descartada del todo la posibilidad de una reanudación del diálogo capaz de conducir en definitiva a ese "frente nacional" que algunos han buscado construir. Más que unas resistencias que podrían doblegarse, su mayor problema es definir qué factores de unificación podrían configurar un acuerdo tan milagroso como para que reciba el estímulo y el aplauso del imperialismo norteamericano, así como el beneplácito de la jerarquía eclesiástica, y pueda reunir a la dictadura, con Pinochet a la cabeza, a la vieja derecha civil, a la expresión aparentemente mayoritaria de la Democracia Cristiana, ex-radicales que hace más de diez años rompieron con la Izquierda, y uno que otro vocero "socialista".

Parece cada día más evidente que la motivación principal que podría mover en esa dirección al imperialismo, a la dictadura y a la derecha en sus diversos matices, es el temor que suscitó en todos ellos la decisión, la voluntad y la fuerza con que se llegó a manifestar abiertamente la lucha popular.

En ello radica precisamente una de las claves fundamentales del futuro próximo. En efecto, el hecho tal vez más decisivo registrado en los últimos tiempos consiste en la extraordinaria decisión, voluntad y fuerza mostradas por la lucha popular, particularmente en las capas obreras, los semimarginados, los sectores más pobres y más golpeados de la población, los que asumieron la parte más dura sin reclamar el liderazgo ostensible de la oposición.

Pero esa fuerza popular que arranca desde la propia base social no encuentra todavía la correspondencia de una representación política unificada de fuerza comparable.

En el requerimiento imperioso de superarla se inscriben, como graves escollos, la crisis orgánica y política que no logra vencer el Partido Socialista y la ausencia o insuficiencia de una nueva expresión de alianza de la izquierda. La incapacidad registrada hasta ahora para reconstruir un Partido Socia-

lista unificado y articular una fuerza popular de la dimensión necesaria, está representado para las organizaciones populares una responsabilidad incumplida, explicable sólo si se tiene en cuenta que toda derrota trae consigo la frustración de proyectos colectivos, la confusión de ideas, el reproche por el fracaso, la inculpação, el oportunismo político.

El Partido Socialista sufrió con especial intensidad esas secuelas, agravadas por la aparición de corrientes ideológicas que terminan por rechazar sus fundamentos y negar su vigencia. Así, la ausencia de un Partido Socialista unido y vigoroso es causa de retraso en la lucha de hoy, favorece la prolongación de la dictadura y priva al pueblo chileno de contribuciones muy importantes para la orientación de sus esfuerzos de hoy y de mañana.

cumplir esa gran tarea en el plano del desarrollo de los instrumentos políticos del pueblo chileno: la reconstrucción de una alianza de izquierda. Como respuesta parcial a este requerimiento, el Movimiento Democrático Popular ha representado sin duda un paso positivo en la agrupación de fuerzas populares de oposición a la dictadura; pero su potencialidad y su horizonte quedan limitados en tanto en cualquier expresión de esa naturaleza la aportación socialista es insustituible. Dicho de otro modo: la recuperación de un auténtico Partido Socialista y su alianza con los partidos que dieron sustentación al proceso de 1970-73, así como las expresiones políticas más consecuentes de las capas medias, constituyen bases fundamentales para un bloque popular capaz de acabar con la dictadura y proponer los nuevos caminos para el futuro de Chile.

La lucha de hoy y las propuestas de futuro

La afirmación de que la lucha contra la dictadura está demostrando ser inseparable de las propuestas para el futuro no es gratuita: para acabar con la dictadura tendrán que ponerse en tensión todas las potencialidades de lucha del pueblo chileno; pero la apelación a todas sus reservas de voluntad y sacrificio tendrá que acompañarse del compromiso con unos objetivos básicos respecto de la orientación y contenidos de la reconstrucción futura.

Es el momento en que se hacen presentes al menos tres antecedentes que no podrían soslayarse: el de la historia recorrida, no sólo reciente,

sino a lo largo de varias décadas; el de un presente y un pasado inmediato que han inscrito culpas y que identifican responsables; y el de la "herencia" previsible de la dictadura proyectada en todos los terrenos y desde luego en el económico. Ello abre el interrogante sobre qué es efectivamente viable a partir de esos tres condicionamientos fundamentales.

El condicionamiento de la historia, porque el pueblo chileno ha tenido la oportunidad singular de recorrer, en tiempos relativamente cortos, una variedad de experiencias: desde el Frente Popular Triunfante en 1938 y los gobiernos radicales que le siguen, el populismo ibañista del sexenio 1952-1958, el proyecto conservador y extranjerizante de Alessandri en los años 1958-1964, el ensayo reformista más completo puesto en práctica en América Latina con el gobierno de Eduardo Frei en el período 1964-1970, el programa esperanzador de las grandes transformaciones sociales iniciado por el gobierno popular presidido por Salvador Allende, y los largos años de oprobio bajo la dictadura. A la hora de retomar su camino, el pueblo chileno reclamará sin duda salidas de avance, no de retroceso como pareciera quererle la Democracia Cristiana cuando propone para el futuro una suerte de reconstrucción del Chile a fines de los años sesenta.

Unas culpas y unos responsables, por lo que han sido las consecuencias antinacionales de las políticas de la dictadura por los crímenes cometidos, por los empobrecimientos y las penurias que ha impuesto a todas las capas trabajadoras de la sociedad chilena; y también, por los delitos comunes que han cometido dirigentes del poder dictatorial y familiares de ellos. Responsabilidades demasiado grandes, como para que pudiera ser viable un futuro que quisiera comenzar reclamando una condición de olvido.

Y está la herencia previsible de la dictadura. Una herencia de retrocesos en todos los planos: culturales por el peso opresivo de once años de persecución y de temor; científicos, con unas universidades regidas largo tiempo por interventores, militares que controlaron y expulsaron a estudiantes y maestros; institucionales, por la destrucción sistemática de los servicios sociales, administrativos y económicos de un aparato estatal ahora desarticulado en nombre de la "privatización" y el "mercado". Por cierto, también, herencia económica: la herencia de un desastre económico incommensurable.

Esta última, por sí sola, marca para el porvenir requerimientos ineludibles. En sus límites la dictadura no tiene posibilidad alguna de recuperar significativamente siquiera parte de los enormes retrocesos económicos que ha impuesto; las políticas que sostuvo por tantos años forjaron grandes inflexibilidades, que no admiten ahora rectificaciones parciales y se constituyen en una "camisa de fuerza" que estrecha al mínimo sus posibilidades de mejoramiento. Por su parte, algunas fuerzas opositoras, como es claramente el caso de la Democracia Cristiana, no logran configurar una propuesta económica viable y coherente con su propuesta política: lo que la DC ha anticipado como programa económico resulta inviable, en tanto supone un marco político de milagroso consenso aun con las fuerzas más conservadoras; e insuficiente, porque no guarda relación con la dimensión de los problemas que habrá que enfrentar.

Por su parte, si bien las fuerzas populares no han formulado una propuesta económica propia, son las únicas que podrían ofrecer una base de sustentación y referencia políticas para responder a unos requisitos económicos que resultarán indispensables: entre ellos, la recuperación para Chile de lo que es la esencia de Chile; la decisión de no subordinar a intereses ajenos a los intereses nacionales fundamentales, como habrá que hacerlo con la deuda externa; restablecer una capacidad estatal de conducción de la economía, lo que supone no sólo voluntad política sino también la construcción de nuevos mecanismos; rescatar para el control social las actividades económicas estratégicas; y reconstruir mecanismos de participación de los trabajadores y del conjunto de la sociedad.

Tales son los "datos" a partir de los cuales habrán de trazarse los nuevos caminos del futuro. Es su significado objetivo lo que cuestiona la viabilidad de las propuestas políticas y las propuestas económicas que han venido anunciando algunos sectores de la oposición actual a Pinochet. Y son esos mismos datos los que marcan a la vez el desafío todavía abierto por las fuerzas populares de elaborar sus propias propuestas y de ganar para ellas la adhesión y el respaldo de una diversidad de capas sociales que reúnen a la mayor parte de la población chilena.

Así, la lucha de hoy está influida también por condicionamientos que vienen del pasado y por anticipaciones insoslayables del futuro. El gran problema es cómo se concilia el hecho de que la acción unitaria de toda la oposición es condición

para derrotar a Pinochet, con la necesidad simultánea de acatar aquellos condicionamientos básicos. La realidad misma viene demostrando que no es posible tal conciliación en tanto se quiera subordinar al conjunto del movimiento popular a la hegemonía de la Democracia Cristiana; y que la clave para el triunfo definitivo sigue radicando en la construcción de una nueva alianza de las organizaciones populares, que sea capaz de expresar a esa enorme fuerza social que todavía no desata su potencialidad.

La cuestión podría ponerse en un plano todavía más amplio de su horizonte político. El hecho es que, si se miran las cosas en su debida perspectiva histórica, habrá que reconocer legitimidad a los fundamentos de quienes sostienen que Chile no tiene destino nacional y de fidelidad con los intereses y aspiraciones de las grandes mayorías de la población sino en la perspectiva de su transformación socialista; y aún en los términos más inmediatos, que sólo caminando en esa dirección podrían encontrarse las vías de superación de la crisis presente.

Dicho de otro modo: la lucha por el destino socialista de Chile tiene también hoy plena vigencia y no hay razón valedera para ocultarla o postergarla indefinidamente. Si una alianza como la que podría eventualmente gestarse pretendiera conducir el proceso que se anuncia como de "reconstrucción democrática" sobre la base de excluir, perseguir y condenar a quienes defienden aquella perspectiva, no estaría aportando realmente ninguna base sólida y duradera; por el contrario, su propio proyecto llevaría consigo el germen del restablecimiento de las prácticas persecutorias y represivas con el mismo sentido que le ha sido inherente a la dictadura.

De otro modo, queda abierto el interrogante de quiénes —qué organizaciones político-partidarias— habrán de sostener las banderas de esa lucha irrenunciable por el socialismo, teniendo en cuenta no sólo el aniquilamiento ocasionado en sus filas por la dictadura, sino también la penetración y el compromiso que el mismo "proyecto nacional", no obstante su designio evidente, viene ejerciendo sobre diversas corrientes de la izquierda tradicional. ■